

La batalla por la Memoria...

Pepe Gutiérrez Álvarez | FB

La Transición a la medida de los que ganaron la guerra | FB 05/10/2025

Durante décadas, la “normalización” democrática entendida desde la óptica bipartidista-dinástica, escribió a placer su “historia oficial” de la Transición. En esta nueva verdad establecida aparecía el pueblo y sus exigencias, como los extras de una película en la que el Monarca era Gary Cooper. Sin embargo, en los últimos tiempos, mucho se ha avanzado en el conocimiento de la Transición a la democracia en España.

Las primeras interpretaciones (el canon establecido en el documental de la maniobrera monárquica Victoria Prego, un película en la que la calle hace el papel de los “extras” como en “Los Diez Mandamientos”), basadas en el protagonismo de las élites del reformismo franquista (con todas sus conexiones financieras y represivas) de la mano de una oposición que por arriba buscaba ante todo su reconocimiento, han dado paso a análisis más completos que, sin negar otros factores determinantes como la salvaguarda de los aparatos represivos, destacan la importancia de la presión desde abajo.

De las grandes movilizaciones que determinaron tanto en las transformaciones sociales (primordiales, por ejemplo, los patronos no se atrevían a despedir un obrero por miedo a una huelga general sectorial) como en el cambio político, con las libertades impuestas desde las calles, los centros de estudios, incluso en TVE.



La dictadura no pudo seguir como antes. Fueron la gente, las calles el factor decisivo que impidió la continuidad del régimen una vez muerto Franco. Ante esta ola de protesta, sobre todo obrera pero también ciudadana, que no paraba de crecer y que la represión no conseguía eliminar, los sectores reformistas (donde se ubicaban entre otros el monarca y el presidente Adolfo Suárez), abandonaron su apuesta inicial de Arias-Fraga (“se reforma lo que se quiere mantener” proclamó el primero), de cambios que llegaba hasta el reconocimiento del PSOE que “legalizado” antes que nadie).

Fue cuando se vieron obligados a optar por liderar una transición a una democracia liberal similar a la de los países del entorno, menos en lo referido a los poderes fácticos; nada que ver pues con la Portugal de 1974-1975. Los resultados del proceso distaban mucho de las esperanzas de los sectores más conscientes, para quienes la transición desembocó en decepción, desengaño y desvalorización de la experiencia de la izquierda radical. Desde luego, no se trataba de olvidar que los odiados cuerpos represivos seguían intacto, quizás se trataba de llegar a unos mínimos posibles.

De lo que no se trataba era de considerar que aquello era el final cuando en todo caso, era el principio.

Fueron millones de hombres y mujeres los que se implicaron en las huelgas obreras, en las manifestaciones vecinales, en las protestas estudiantiles, en los actos feministas y en las actividades de otros movimientos más reducidos como el pacifista y antimilitarista, el de liberación homosexual, el de minusválidos, el de presos comunes o el ecologista.

En su mayoría, estas personas no pertenecían a ningún partido ni sindicato, pero el torbellino de participación, que muchas veces tenía una dinámica autónoma, no habría alcanzado la misma dimensión sin los militantes de las organizaciones antifranquistas, disciplinados y constantes, cuya labor fue determinante para sobreponerse a la represión, sobre todo en la etapa de la clandestinidad, cuando más sacrificios exigía el activismo, una energía que fue encauzada y que ahora parece más necesaria que nunca ante la suma despiadada agresiones en todos los órdenes.

El neofranquismo y el neoliberalismo ha urdido un sistema en el caben derrotas sociales tan brutales como la de los desahucios, como la “Reforma” y la precariedad laboral, el despliegue de los llamados “fondos buitres”. Todo lo contrario de esa “democracia normalizada” de la que nos habla desde los medios y a través de los intelectuales orgánicos que no quieren mirar hacia abajo ni hacia las nuevas generaciones abocadas al retroceso social y moral.

Condenado a un tiempo sin futuro porque lo único que importa es que ganen los de siempre.

La batalla por la memoria | FB 30/11/2025

Por sí había alguna duda al respecto no tenemos más que considerar los últimos alardes de cinismo y crueldad de la inenarrable Sra. Ayuso y del siniestro VOX Smith de nuevo en las portadas con otra provocación que demuestra que el franquismo no quiere perder la batalla de la memoria, y trata de denigrar la República, las 13 rosas, Largo Caballero y todo lo que afecta a la legitimidad del 18 de julio...Una ofensiva que viene a demostrar el desastre del olvido decretado por el PSOE...

Nadie duda honestamente que el franquismo diseñó la Transición para ocultar sus crímenes. En realidad, el franquismo había apostado por una Transición controlada en la que no se negaban a reconocer al PSOE que, por cierto, gozó de una suerte de "legalidad" anticipada, aunque también es cierto que por entonces el clan de Suresnes comenzaba sus actos haciendo un alegato por la legalización de los "compañeros" comunistas, anarquistas, etcétera.

Es más, a lo largo de los años setenta, una revista tan inusual como "Interviú", fue publicando sus fotos de despelotes, sus denuncias de corrupción e incluso también numerosas entregas sobre casos escalofriantes de la barbarie franquista, artículos elaborados por un equipo de periodistas de investigación como Xavier Vinader, Pedro Costa, Dionisio Giménez entre otros y otras que se metieron en todos los casos creando un considerable malestar entre la "clase política" nacida a la sombra del régimen..No fue hasta el 23-F que los partidos de la izquierda parlamentaria establecieron una acentuación extrema de la prudencia.

Esto se hizo especialmente patente por parte del PSOE, y es cierto que mucha gente consideró que durante un tiempo convenía moderar las exigencias, y reflejo de esta actitud fueron las declaraciones de repudio por parte de primeras figuras de la izquierda de la época de la apuesta en Chile y Argentina por exigir responsabilidades; según ellos lo más prudente era dejar pasar el tiempo...



Tanto fue así hasta el extremo de que un el historiador germano Walter Benacker llegó a decir que el 50 aniversario de la guerra civil encontró más eco en el extranjero que en España, exceptuando según pondera el amigo Pelai Pagès que se pateó casi toda Cataluña dando charlas sobre la cuestión.

Fue la excepción, la regla la marcó “La vaquilla” del peor Berlanga que recibió todas las subvenciones posibles, mientras que en el mismo año (1986), una película que abordaba la verdad histórica como “Dragon Rapide” (Jaime Camino/Román Gubern), no recibió ni un real, lo que se notó en el resultado final. Tampoco el PCE de Carrillo se mostró precisamente más exigente. Entre otras cosas porque Carrillo y otros veteranos tenían muchos cadáveres víctimas del estalinianas en el armario, incluyendo maquis que se negaban a cumplir las órdenes.

No fue hasta la segunda mitad de los noventa que batalla por la verdad, la justicia y la reparación comenzó a andar su camino autónomamente. Ahora nos hace falta empujar todavía más.

Desde el cine, pero sobre todo el documental, contamos con una inapreciable ayuda.

Una buena muestra de ello es el éxito nacional e internacional de “El silencio de otros” contra el que las tentativas de denigración desde la prensa han quedado en papel mojado.

1978: se impone una nueva “historia oficial”... | FB 07/10/2025

En su tiempo de mayor gloria, el régimen del 78 trató de establecer en los medios y en las escuelas una nueva “historia oficial” especialmente asimilada desde el bipartidismo en la que al PSOE que corresponde a la desautorización de su flanco izquierda, una función propia que correspondió a los intelectuales orgánicos de la izquierda establecida. A la “izquierda” inherente al proyecto de una Segunda Restauración facilitada previamente por el “realismo” del PCE-PSUC. De los mismos que habían ganado la confianza de la mayoría obrera en la clandestinidad con otras promesas, y que en 1978 apoyaban la ilusión europea. También hay que hacer constar obviamente las propias conquistas sociales arrancadas contra el franquismo que creaban la ilusión de un cambio complementario, ahora desarrollado a través de las leyes, el parlamentarismo y el pacto social con los sindicatos que pasan a formar parte del engranaje presidido por una monarquía que reina, marca los límites de la gobernanza ahora situada bajo la maquinaria neoliberal cuyo aceite lo pone la corrupción (Milton Friedman)

El encaje de la “nomenclatura” franquista ha sido tal que hasta desde la izquierda institucional “colocada” —como se ha visto en los casos de la fuga del rey emérito y de las acusaciones contra Martín Villa—, han acabado otorgando el protagonismo democrático a los reformistas del franquismo, olvidando deliberadamente el papel jugado por unos movimientos de masas que desbordaron el marco policial del régimen hasta hacerlo inviable, al menos no sin una readaptación como la que, finalmente, lograron “consensuar”.



Dos millones de emigrantes españoles, la mitad sin contrato (sin papeles), el 80 % analfabetos, sin oficio y sin saber otro idioma que el castellano tuvieron que emigrar no hace tanto.

¿Tan frágil tenemos la memoria?

Con la “reconciliación nacional”, una clave que propia de la llamada “tercera España” (de hecho, la de la no-intervención), pero sobre todo como una propuesta política propiciada desde la clandestinidad por el PCE.

Todo ello consecuencia de la política de “coexistencia pacífica” inspirada por Krushev tras el XX Congreso del PCUS que denunció los crímenes de Stalin, un movimiento que desde la cúpula de muchos partidos pero que se llevaría al extremo de olvidar los “crímenes de lesa humanidad” perpetrados por el franquismo hasta el final. Se escamoteaba de esta manera la verdad del “holocausto español”, con su prolongación durante las décadas de dictadura, de la suma de crímenes de Estado perpetrados durante una Transición elevada a la categoría de modélica.

Una “Transición” .de la que se decía que no había “ni vencedores ni vencidos”, pero que instauró una monarquía diseñada por la dictadura en protección de sus componentes, especialmente de sus poderes fácticos.

Obviamente, la Corona mantuvo todas las prerrogativas de los que habían medrado en la fase anterior, incluyendo los que representaban el lado más fascista, más propio de un régimen que nunca dejó de martirizar un pueblo que luchaba por su dignidad, por sus derechos más elementales.